

# EL POSMODERNISMO Y LA CORRUPCIÓN DE LA *INTELLIGENTSIA* ACADÉMICA

JOHN SANBONMATSU

La destrucción de la verdad está tan avanzada en la cultura capitalista que no debiera sorprender que, incluso en los claustros de la Teoría Crítica, imaginados *sancta sanctorum* de la conciencia y las ideas independientes, la verdad esté siendo ahora abiertamente profanada y tratada con condescendencia por algunos de aquellos que históricamente han sido los encargados de cobijar su llama sagrada: los intelectuales. “La verdad nunca muere, pero se la obliga a vivir como un mendigo”, reza un proverbio Yiddish, recordándonos que la verdad siempre ha sufrido en este mundo. Pero ningún movimiento intelectual del que tengamos memoria reciente ha empobrecido tanto la verdad como lo ha hecho el postestructuralismo<sup>1</sup>. Con el giro posmodernista en la teoría, la verdad se convirtió en una mala palabra, y la afirmación de la verdad llegó a ser vista no como un signo de convicción, sino de la propia lastimosa ingenuidad.

La tendencia comenzó a volcarse contra la verdad, y a favor del posmodernismo, a finales de los setenta. Fue entonces cuando el historiador y filósofo francés Michel Foucault se atrevió, por vez primera, a poner la verdad entre comillas. “Por ‘verdad’”, declaraba, se debe “entender un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la regulación, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados [...] La ‘verdad’ está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan”<sup>2</sup>. “Lo verdadero” ya nunca más sería interpretado, como había ocurrido durante milenios, como aquello que está “de acuerdo con los hechos o la realidad”. De ahora en más, para un creciente e influyente sector de la *intelligentsia*, lo verdadero sería planteado como *un problema a resolver*. Así, la prerrogativa de la verdad dejó de ser un derecho de los oprimidos para convertirse en un objeto de estudio para el experto o el académico. Sólo los calificados

“intelectuales específicos” o “genealogistas” podían hablar con sentido sobre la verdad o, mejor dicho, investigar las condiciones de posibilidad de la “verdad”. ¿Qué discursos dan origen a la aparición de la verdad? ¿De qué modo la “verdad”, como forma de poder, como sistema de “restricciones”, funciona y se manifiesta a sí misma? ¿Cómo el conocimiento, en tanto poder, se disfraza como verdad para lograr sus efectos? Estas preguntas no dejan de ser interesantes. El problema es que el postestructuralismo insiste en que estamos autorizados a hacer *sólo* estas preguntas y, por lo tanto, combina la investigación de los modos en que el discurso sobre la verdad produce efectos particulares con la adhesión a la afirmación de que decir-la-verdad como tal es imposible.

Esta fatídica movida puede rastrearse hasta Friedrich Nietzsche, el precursor intelectual del postestructuralismo. Según Nietzsche, la fe de las tradiciones cristiana y judaica en la verdad era una mera versión distorsionada o intelectualizada de la frustrada voluntad de poder de los oprimidos. Era por esta razón que Nietzsche observaba la verdad con profunda sospecha y hostilidad, considerándola como el origen del nihilismo en la cultura europea. “No hay armonía preestablecida entre la promoción de la verdad y el bien de la humanidad”, escribió<sup>3</sup>. Al contrario, sólo el ejercicio del poder libre y sin disculpas, el poder en tanto poder sobre —sobre uno mismo, sobre otros— podía proporcionar un fundamento para nuevos valores humanos. Pero los antiguos profetas y teólogos no estaban equivocados al creer que los oprimidos, al carecer de poder, sólo tenían el consuelo de la verdad. Si incluso esto se les niega a los oprimidos —el derecho a ser testigos del modo en que las cosas realmente son— no tendrán nada. Si se renuncia a la posibilidad de la verdad, se renuncia también a la posibilidad de comparar el modo de ser de las cosas con el modo en que las cosas deberían ser. El desprecio de Nietzsche por la justicia (que en el fondo es siempre y sólo una afirmación de verdad contra el *poder*) era, por lo tanto, un ataque contra la deseabilidad misma de la liberación general o social.

La brillante aunque unilateral crítica de Nietzsche al ascetismo y la represión religiosa sucumbió hacia finales del siglo XX frente al mismo nihilismo que Nietzsche odiaba y trataba de derrotar. El posmodernismo —apropiándose erróneamente de Nietzsche— abraza un nihilismo sin fronteras. Y este nihilismo ha sido institucionalizado por las instituciones burocráticas y por esos pedantes tipos modernos que Nietzsche aborrecía. Desde la muerte de Foucault en 1984, innumerables académicos posmodernistas que hicieron de la teoría una carrera rentable han puesto a la verdad continuamente en el banquillo, la han interrogado y hallado culpable de ser “verdad” —un epifenómeno del poder, un artefacto discursivo. El efecto de esta compulsión repetitiva altamente ritualizada por parte de la que alguna vez fuera el ala

“líder” de la *intelligentsia* ha sido el de mellar la imaginación crítica y erosionar nuestra capacidad para decir la verdad, precisamente en la hora en que la humanidad más la necesita.

Esto no quiere decir que ningún pensador postestructuralista jamás ha contribuido a la historia de las ideas. Por ejemplo, nuestro modo de pensar ha sido perfeccionado por la penetrante visión de Foucault sobre los aparatos disciplinarios, por la discusión de Derrida sobre el *pharmakon* y la naturaleza equívoca de los signos, y por Jean-François Lyotard con su visionaria comprensión de la condición posmoderna del conocimiento y la decadencia del intelectual. Sin embargo, una evaluación equitativa habría arribado a la conclusión de que tales contribuciones han sido, en general, modestas, y han llegado a nosotros exclusivamente desde los pensadores postestructuralistas de la “primera ola”, y no desde sus innumerables (y mediocres) epígonos.

Peor aún, una evaluación tal también habría comprobado que muchos críticos del posmodernismo han estado básicamente en lo cierto: que el posmodernismo es explícito donde debería ser vago o de final abierto —por ejemplo, en el tema de los medios más adecuados para la praxis, ya que los presenta en forma prescriptiva (dispersión, diferencia, antiestrategia, etc.)—, y exasperantemente vago o falta de compromiso donde debería ser más explícito —por ejemplo, en relación con los valores éticos y los objetivos estratégicos de los movimientos sociales<sup>4</sup>. Tales aporías y contradicciones tendrían escasas consecuencias si no fuera por el hecho de que muchos académicos y algunos activistas, quienes se cuentan a sí mismos en la izquierda, recurren en primera instancia al posmodernismo en busca de orientación teórica. Como resultado, la sensibilidad posmoderna ha dañado gravemente los instrumentos críticos no de una, sino de varias clases de intelectuales.

## EL POSMODERNISMO EN LA ACADEMIA

Lo amorfo propio del posmodernismo, sus equivocaciones teóricas y su carencia de un canon explícito o método definido han sido, en efecto, elementos integrales de su fenomenal éxito en la academia. Como identidad cultural mutante y como canon teórico, el posmodernismo ha soportado décadas de hostilidad desde todos los sectores y creencias —feministas radicales, marxistas, liberales, conservadoras—, cambiando constantemente de forma, adoptando nuevos disfraces, adaptándose a nuevas condiciones. Como un virus que viaja a través del cuerpo del pensamiento crítico, el posmodernismo ha logrado comandar los aparatos disciplinarios a su alcance y usarlos para su provecho —imprimiendo réplicas genéticas de sí mismo para exportarlas a otros campos, otras subdisciplinas, otras geografías. Una vez establecido en su anfitrión discursivo, el virus se activa otra vez, prospera, emite nuevos mensajeros. Incubado en las universidades de elite de las metrópolis capitalistas, los

centros institucionales que dominan las rutas comerciales globales de producción e intercambio intelectual, el virus se ha exportado a sí mismo hacia la periferia. En los primeros años del siglo XXI, el posmodernismo parió una nueva generación de teóricos del poscolonialismo en el subcontinente indio, dio consuelo a los desanimados activistas de América Latina, atrajo a académicos de izquierda desencantados con el marxismo e impactó en la imaginación de los fundamentalistas islámicos de Irán. Si es cierto, como escribió Mark Twain, que una mentira da media vuelta al mundo mientras la verdad todavía se está poniendo los zapatos, comencemos entonces notando que ninguna teoría de cosecha reciente ha viajado tan rápido, o tan lejos, como el posmodernismo.

Pero es en Occidente, y sobre todo en Estados Unidos de América (EUA), donde el posmodernismo ha dejado su marca más grande sobre la *intelligentsia* nativa. El tamaño exacto de esta marca es un tema en disputa. Barbara Epstein sugiere que el postestructuralismo es tan dominante en las humanidades y las ciencias sociales que “teoría” es ahora esencialmente sinónimo del término “posmoderno”<sup>5</sup>. Sin embargo, los propios postestructuralistas tienden a restarle importancia a su influencia dentro de la academia. Así, Dempsey y Rowe, en réplica a Epstein, señalan que los enfoques postestructuralistas son populares sólo dentro de “subdisciplinas teóricas marginales en áreas marginales de las ciencias sociales y las humanidades en las universidades norteamericanas”, como si ellos mismos fueran miembros de una asediada minoría o una especie en vías de extinción<sup>6</sup>. Sin embargo, es difícil creer en esta modestia. Lejos de ser un movimiento pequeño o insignificante, el posmodernismo en la actualidad es *el principal campo de conocimiento para la enseñanza de la intelligentsia crítica* en EUA. Es la principal tendencia teórica en los dominios de aproximadamente dos docenas de diferentes disciplinas, subcampos y áreas de estudio, tales como Estudios Culturales, Estudios Poscoloniales, Retórica y Composición, Literatura Inglesa, Literatura Francesa, Estudios Americanos, Estudios de Cine, Estudios de la Mujer, Estudios Étnicos (incluyendo Estudios Asiático-Norteamericanos, Estudios Africanos y Afro-Norteamericanos y Estudios Latinoamericanos), Teoría *Queer*, Estudios de Medios de Comunicación, Comunicaciones, Teoría de la Música, Estudios de Ciencia y Tecnología, Estudios de Teatro y Actuación, Antropología, Filosofía Continental y Teología. Incluso en las ciencias sociales –Sociología, Economía, Geografía, Psicología y Ciencia Política–, entre los académicos que se identifican con la tradición emancipatoria o “crítica”, el posmodernismo ha comenzado a competir con el marxismo –al menos en igualdad de términos– como “caja de herramientas” teórica predilecta. En los Estudios Legales Críticos, el postestructuralismo se alza triunfante, como *lingua franca* de los especialistas jurídicos de izquierda.

El crítico sagaz se verá tentado a señalar que tales logros, aunque impresionantes, son materialmente irrelevantes para la civilización y la vida tal como las conocemos en el planeta Tierra. Esto sería un error. Contrariamente a lo que dan a entender críticos como Denspey y Rowe, las humanidades académicas, donde el posmodernismo ha amueblado una serie de cómodos salones para propio uso, no son marginales ni para la academia contemporánea ni para la reproducción del conocimiento en la sociedad en general. Para apreciar el rol clave que desempeñan las humanidades en la reproducción de la *intelligentsia*, basta con saber que la conferencia anual de la Asociación de Lenguas Modernas (ALM)\* empequeñece a la de la Asociación Norteamericana de Sociología (ANS)\*\* —en 2004, 8.900 académicos asistieron a la ALM, y sólo 5.600 a la ANS. Millones de estudiantes de grado aún se inscriben en cursos de humanidades, los especialistas en humanidades todavía publican varios miles de libros al año, y durante el último cuarto de siglo el número de conferencias, eventos y revistas de humanidades ha crecido a gran velocidad. Es verdad que las humanidades y las artes están lejos de gozar del estatus que tienen, digamos, las ciencias aplicadas o las matemáticas. No obstante, incluso en el bastante calamitoso contexto de la universidad neoliberalizada de la actualidad, las humanidades siguen teniendo una importancia estratégica en la economía política general del conocimiento académico y en la reproducción de la *intelligentsia* a nivel nacional y global<sup>7</sup>.

Para comprender el rol del posmodernismo en las humanidades, como así también el de las humanidades en el más amplio campo intelectual, primero necesitamos considerar el problema de la *mediación*. Los intelectuales se llaman así no porque trabajan solamente con sus cabezas o intelectos (en lugar de con sus manos o cuerpos), sino por su rol distintivo en lo que Gramsci llamó “el complejo general de las relaciones sociales”, donde la actividad intelectual ocurre y produce ciertos efectos. Dado que el trabajo que realizan los intelectuales no está conectado con la producción de bienes y servicios, sino con la circulación de ideas y cultura, su función es primordialmente ideológica. Sin embargo, esto no significa que produzcan ideas en el vacío. Mientras otros tipos de trabajadores del conocimiento cumplen un papel más o menos directo en el proceso de producción —por ejemplo, administrar cuentas de seguros, trabajar en ventas o servicios—, los intelectuales tienen una relación *mediada* con la producción. Específicamente, el trabajo del intelectual está mediado “por dos grandes planos superestructurales” —el Estado y la sociedad civil (“el conjunto de los organismos vulgarmente llamados ‘privados’”)<sup>8</sup>.

---

\* N. del T.: En inglés, Modern Languages Association (MLA).

\*\* N. del T.: En inglés, American Sociological Association (ASA).

Los intelectuales de hoy están mucho más mediados que en tiempos de Gramsci. Debemos notar, en primer lugar, que en nuestros días hay muchos menos intelectuales “orgánicos” (esto es, intelectuales que se desarrollan naturalmente desde clases o grupos sociales particulares) y muchos más intelectuales “tradicionales” (individuos atados a regímenes disciplinarios y asociaciones profesionales). Para decirlo con todas las letras, es mucho más probable que el simpático intelectual de hoy ingrese a un programa doctoral y no que, por ejemplo, asuma un rol de liderazgo en un partido político o movimiento social, o tome las armas (el autor de estas líneas no se excluye). Mientras que el intelectual crítico o revolucionario del pasado habría emergido de una clase en particular, de una identidad nacional o étnica, o de una iglesia o una red religiosa, los intelectuales de hoy son ostensiblemente de “libre flotación”, pensadores desarraigados sin conexiones cercanas a movimientos o identidades específicas. O, mejor dicho, serían de “libre flotación” si no fuera por las cadenas que los ligan a una rama del aparato estatal: el colegio o la universidad, que están acreditados y otorgan títulos. La destrucción de la esfera pública, la decadencia de los movimientos sociales y la virtual desaparición de una prensa independiente han empujado a buena parte de la *intelligentsia* hacia el sistema académico. Allí, la “nobleza estatal” encuentra que su trabajo mental está mediado por el proceso de tenencia de —y la competencia por— los escasos subsidios y becas federales (de la Fundación Nacional para las Ciencias, los Institutos Nacionales de la Salud y el Fondo Nacional para las Humanidades\*, entre otros).

A su vez, la burocratización y profesionalización del conocimiento durante el último siglo —particularmente durante el último medio siglo— han modelado el contenido y la forma del conocimiento mismo. “Las universidades”, observa Russell Jacoby, “contratan por medio de comités: uno necesita títulos, referencias, la apropiada deferencia y unas conductas agradables”. De este modo, “alientan una forma intelectual definida”. Los autores serios de hoy están obligados a prologar sus escritos incluyendo “una densa lista de colegas, amigos, instituciones y fundaciones”, como para sugerir “que el autor o el libro han superado todas las pruebas, ganando la aprobación de una red específica que filtró lo desprolijo e inaceptable”. El resultado es una producción académica cautelosa, revestida de la pesada armadura de la autoridad —“un libro inspeccionado por decenas de académicos, publicado por una gran universidad y apoyado por varias fundaciones”<sup>9</sup>.

En los últimos veinte años, las restricciones y las presiones institucionales sobre el conocimiento académico se han incrementado enormemente. A

---

\* N. del T.: En inglés, National Science Foundation, National Institutes of Health y National Endowment for the Humanities.

principios de los años ochenta, la competencia entre los principales países capitalistas hizo necesaria una completa revisión de la educación superior. El resultado ha sido la más significativa y profunda reorganización de la educación –y, por ende, de los medios de producción del conocimiento– en la historia de las universidades de Occidente<sup>10</sup>. “La corporativización de la educación superior”, observa Diane Reay, “le ha permitido al mercado invadir y rediseñar las prácticas, la organización y los valores de las universidades en todo el globo”<sup>11</sup>. En este contexto, el surgimiento y la consolidación del posmodernismo, al que en otro lugar he denominado “teoría barroca” –discursos opacos y de diseño exuberante, sin ningún valor de uso social–, deben comprenderse en un marco de escasez de recursos, creciente desigualdad socioeconómica dentro del sistema académico y mercantilización del conocimiento incluso al interior de las humanidades y las artes<sup>12</sup>.

Aproximadamente antes del año 1970, la educación superior en Occidente había sido legitimada ideológicamente en términos del rol de la universidad en el cumplimiento de los ideales humanísticos tradicionales –incrementar el reservorio del conocimiento humano, dar forma al carácter individual, crear una ciudadanía nacional informada, y así sucesivamente. El punto en cuestión no es el hecho de que esta misión fuese en gran medida una ficción, o que estos elevados ideales viniesen como anillo al dedo para promover los intereses del capital y el Estado. Lo significativo es que los mecanismos de legitimación de la universidad han sido transformados casi de la noche a la mañana. En la actualidad, se concibe que el propósito fundamental de la educación superior consiste en proveer un caudal de trabajadores educados capaces de superar en la competencia a los trabajadores de otras economías nacionales (como así también de otros estados dentro de EUA)<sup>13</sup>. Puesto que el cuerpo de profesores está “informalizado” y los programas y recursos son redistribuidos para priorizar disciplinas que generan ingresos para la universidad (por ejemplo, las biociencias y la informática), los tradicionales valores y normas de las humanidades están siendo erradicados. Lindsey Waters, ex editora principal de una de las más prestigiosas editoriales universitarias de EUA, resumió los efectos de estos cambios sobre los estudios humanísticos:

Si los humanistas no tienen presente con firmeza cuál es su función, nadie más lo tendrá. Los humanistas estudian libros y artefactos para hallar rastros de nuestra común humanidad [...] Hay una conexión causal entre la demanda corporativa de un incremento en productividad y el hecho de que todas las publicaciones hayan sido vaciadas de cualquier significación, excepto en términos de cantidad. Las humanidades están ahora en crisis porque muchas de las presuposiciones

sobre qué es lo importante son absolutamente perjudiciales para las humanidades. Cuando los libros dejan de ser medios complejos y se transforman en objetos cuantificables, el resultado es que todos los medios que las humanidades estudian pierden valor. El dinero ha reestructurado la academia norteamericana a su propia imagen, y el dinero es un instrumento contundente<sup>14</sup>.

Sin embargo, las presiones del mercado que Waters desacredita —las cuales aumentaron el volumen total de los estudios en humanidades, al tiempo que hicieron disminuir su calidad general— paradójicamente tendieron a beneficiar a los académicos mediáticos o, de algún otro modo, hábiles para mercadear sus productos académicos. Por un lado, la directa subordinación de la producción del conocimiento a los intereses del capital —y ya no principalmente al estado de seguridad nacional (como ocurría durante la Guerra Fría)— ha impuesto enormes presiones personales, económicas y profesionales sobre los académicos de las humanidades y las ciencias sociales. No obstante, algunos han obtenido ganancias personales —a menudo fácilmente— a partir de las nuevas condiciones, adoptando novedosas estrategias discursivas y profesionales. Los salarios de seis cifras ya no son inusuales entre las emergentes estrellas académicas. Hace poco supe de un talentoso joven académico a quien le ofrecieron cerca de 190 mil dólares para que se incorporara a un alto programa de estudios étnicos en EUA. En el nuevo e intensamente competitivo ambiente de las humanidades, sólo los académicos que pueden presentar sus obras como si fuesen “de vanguardia” logran mantener su capital cultural y académico<sup>15</sup>. En este contexto, el atractivo percibido en los productos del conocimiento con inflexiones postestructuralistas ha derivado directamente en el desproporcionado dominio del posmodernismo sobre las humanidades, a medida que las editoriales inundan sus catálogos con obras de estudios culturales, poscoloniales, etc. La racionalización de la universidad y la mercantilización del conocimiento generaron las condiciones que han permitido el florecimiento del postestructuralismo.

La crisis en la educación superior y el disciplinamiento fiscal del profesorado ha requerido que los especialistas y los administradores académicos desarrollen nuevos modos de justificar la misión de las humanidades. Uno de ellos ha consistido en presentar a las humanidades como una fuente de valor agregado para la innovación tecnológica y los emprendimientos lucrativos\*. El posmodernismo encaja en este plan. En la Universidad de California (UCLA), la universidad pública más grande de EUA, los planificadores proclaman la importancia de la investigación en humanidades para fomentar el prestigio de

---

\* N. del T.: En inglés, *entrepreneurialism*.

la universidad a través de los sistemas nacionales de categorización, como los del Consejo Nacional de Investigaciones\*. Pero ahora también enfatizan el rol de las humanidades en el logro de la competitividad regional y nacional. Así, el presupuesto general más reciente del sistema de la Universidad de California hace especial mención del “Instituto de Investigación en Humanidades”, que abarca a todo el sistema” desde su sede en Irvine. El Instituto es reconocido por “encabezar un esfuerzo transformador para hacer que la tecnología tenga relación con los asuntos culturales” y por trabajar “estrechamente con científicos e ingenieros para desarrollar nuevos enfoques en la producción académica interdisciplinaria y la investigación cooperativa”<sup>16</sup>. En 2004, dos figuras clave del Instituto, Cathy N. Davidson y David Theo Goldberg, publicaron, en *The Chronicle of Higher Education*, “A Manifesto for the Humanities in a Technological Age”, donde plantearon un enfático alegato a favor del rol que cumplen las humanidades en revelar las consecuencias sociales de la tecnología y la cultura. Es notable que los autores se hayan sentido forzados a justificar las humanidades en términos de su valor de uso para el capitalismo.

La industria, más que cualquier otro sector, no sólo quiere científicos altamente entrenados; quiere científicos que también tengan conocimientos sobre aplicaciones, propiedad intelectual, cuestiones de equidad, conciencia humana, perspectiva y otras formas de análisis crítico y pensamiento lógico<sup>17</sup>.

Resulta significativo que seis de los doce distinguidos académicos del Consejo del Instituto de Investigación en Humanidades de Irvine publiquen trabajos en el área de los estudios culturales postestructuralistas o el poscolonialismo<sup>18</sup>. Y la mayoría de las decenas de talleres, seminarios, coloquios y conferencias patrocinadas por el Instituto han versado sobre temas reconociblemente postestructuralistas, o contado con la presencia de académicos con aptitudes postestructuralistas. Por consiguiente, en tanto programa de investigación *multi-campus* que reporta directamente a la oficina del presidente de la UCLA, el Instituto de Investigación en Humanidades de Irvine desempeña un importante rol en el entrenamiento de nuevos cuadros académicos posmodernistas. En los últimos 17 años, el Instituto patrocinó alrededor de 45 equipos de investigación, involucró a más de 600 *fellows* y participantes nacionales e internacionales, y tuvo como residentes a más de “500 académicos y otros especialistas, que representaban a más de 60 disciplinas en las humanidades, artes, ciencias sociales, los campos tecnológicos y las ciencias”<sup>19</sup>.

---

\* N. del T.: En inglés, National Research Council.

\*\* N. del T.: En inglés, Humanities Research Institute.

El Instituto de Investigación en Humanidades de Irvine es un buen ejemplo de la actual convergencia del posmodernismo con dos importantes procesos en la producción y circulación del conocimiento académico en las humanidades. El primero es el intensificado nivel de contactos entre los académicos de las humanidades y la industria comercial. De los 16 miembros del Consejo de Directores del Instituto, ocho son profesores de Literatura o Cine (incluido el actual presidente de un eminente colegio de humanidades), dos son profesores de sociología y estudios étnicos, y los restantes tienen los siguientes cargos: presidente del Fondo Nacional para las Humanidades, jefe ejecutivo de una fundación sobre el holocausto, director del J. Paul Getty Trust, presidente del Comité Ejecutivo de la compañía Walt Disney y director de un *think tank* académico sobre asuntos tecnológicos, entre cuyos patrocinantes corporativos figuran IBM, Ericsson, Microsoft, Intel, Siemens, Applied Materials y Texas Instruments. El hecho de que los académicos más destacados ahora se codeen con Walt Disney World o el Getty Trust, aunque no sea ominoso en sí mismo, es indicativo de un sutil pero importante cambio en las fortunas institucionales del pensamiento crítico. Los conocimientos críticos, que en los siglos XVIII y XIX eran armas que los revolucionarios orgánicos esgrimían contra el Estado, están siendo transformados rápidamente en instrumentos de valor agregado del Estado y el capital. Ahora, la integración de corporaciones, intelectuales humanísticos, fundaciones privadas y educación pública casi no tiene fisuras. El posmodernismo, con su habilidad camaleónica para confundirse con el entorno, se ha beneficiado con este nuevo ambiente potenciado por las corporaciones. En lo que puede ser un signo de los tiempos venideros, la teórica feminista postestructuralista Lucy Suchman pasó los años centrales de la década del 1990 trabajando a sueldo para el complejo de investigación de Xerox en Palo Alto, aplicando el discurso de los estudios posmodernistas de las ciencias al desarrollo de nuevos productos para la Corporación Xerox<sup>20</sup>.

De hecho, el Instituto de Investigación en Humanidades es sólo uno entre una cantidad de *think tanks* en humanidades, tanto nacionales como internacionales, que sirven de nexos a la reproducción y diseminación de la cultura posmodernista —instituciones que han desempeñado un rol central en apuntalar el valor de mercado de las humanidades, principalmente al legitimar al posmodernismo dentro del campo académico<sup>21</sup>. Un elemento clave en este proceso de legitimación, y el segundo factor material en la circulación del discurso teórico de hoy, es el surgimiento del *star system* académico. La racionalización y la competencia por los recursos se han combinado con la cultura popular mediática para empujar a un puñado de especialistas a los más elevados escalones de un sistema de humanidades cada vez más desigualitario y despiadado. El surgimiento del *star system* académico en las

humanidades no sólo ha exacerbado las desigualdades dentro del sistema universitario y las humanidades; también ha inflado la importancia de los enfoques postestructuralistas al poner a algunos teóricos posmodernistas como ejemplos a ser emulados por los académicos más jóvenes. Típicamente, los programas de estudio de los institutos de humanidades presentan la misma nómina de grandes celebridades académicas. Por ejemplo, en la Escuela de Crítica y Teoría, un instituto de verano patrocinado por la Sociedad para las Humanidades\* de la Universidad de Cornell, la mayoría de los cursos en el año 2005 fueron presididos por celebridades postestructuralistas como Homi Bhabha, Joan Scott, Elizabeth Grosz y Toril Moi.

La Escuela de Crítica y Teoría de Cornell también publica regularmente avisos pagos en revistas académicas, prometiendo a los estudiantes de posgrado y a los jóvenes académicos la oportunidad de “estudiar con primeras figuras de la teoría crítica” y “explorar los recientes desarrollos en los estudios literarios y humanísticos”. Tal como los propios avisos lo dejan descaradamente en claro, “el programa establece niveles de expectativas sobre lo que se requiere para ser un académico y especialista de alto vuelo, no sólo en EUA, sino a nivel internacional”<sup>22</sup>. Por supuesto que ningún estudiante de posgrado o joven profesor en las humanidades puede permitirse hoy no estar interesado en saber en qué consisten las actuales expectativas de ser “un académico y especialista de alto vuelo”. El intelectual ahora es forzado, como cualquier otro consumidor, a participar en lo que Zygmunt Bauman denomina “la incesante persecución de las apariencias de valor de uso [...] que envuelven a las mercancías”<sup>23</sup>. Y entre las mercancías académicas disponibles en las humanidades de hoy, el posmodernismo todavía se vende a la cotización más alta. Aún quedan institutos de humanidades y ciencias sociales que han logrado evitar tanto la adoración de las celebridades cuanto las falsedades posmodernistas. Para dar tan sólo un ejemplo, el Departamento de Estudios de la Mujer en la Universidad de Duke (tal vez el mejor programa en su tipo en EUA) sigue patrocinando institutos y conferencias lealmente materialistas, políticamente comprometidos e históricamente arraigados<sup>24</sup>. Pero la mayoría de los principales centros de distribución de teoría “crítica” en EUA, Canadá y Europa –en ciudades como Atlanta, Birmingham, San Francisco, Nueva York, Dublín y Cardiff– todavía colocan la estrella postestructuralista en el centro de su cosmos filosófico.

#### EL *HABITUS* ERUDITO DEL POSMODERNISMO

He sugerido que el posmodernismo, y particularmente su ala crítica o radical, ha desempeñado un rol ideológico formativo en la educación de la *intelligentsia*

---

\* N. del T.: En inglés, Society for the Humanities.

contemporánea. Pero uno de los aspectos más impactantes del posmodernismo es que funciona menos como un conjunto de ideas o movimiento intelectual que como un *ethos* o “habitus”, una “estructura estructurante” de la práctica que delimita las experiencias de una cultura particular<sup>25</sup>. El posmodernismo es, a un mismo tiempo, un ambiente, una ortodoxia epistemológica, un sentido común compartido acerca del mundo. No está definido por principios, sino por prácticas: en términos de Foucault, regímenes de “verdad” y modos de conocer el mundo, hábitos de comportamiento corporal y afectivo. Esta es la razón por la cual las descripciones empíricamente más satisfactorias de la vida y el pensamiento en las humanidades académicas no pueden hallarse en las revistas académicas, sino en las novelas de escritores como David Lodge, John L’Heureux o James Hynes, en las cuales se satiriza al *campus*. Pareciera que sólo las vívidas escenas literarias son capaces de transmitir acabadamente el curioso comportamiento de la *intelligentsia* universitaria posmoderna.

Una de las consecuencias del surgimiento del *star system* académico (del cual el posmodernismo ha sido el principal beneficiario y modelo) es la reducción del teórico al estatus de mercancía escasa. El *star system* académico representa la penetración del sistema universitario por parte de la cultura popular masiva y el fetichismo de la mercancía. “El individuo que, al servicio del espectáculo, es colocado bajo las luces del estrellato”, escribió Guy Debord, “de hecho es lo opuesto a un individuo, y tan claramente enemigo del individuo que hay en él como del individuo que hay en los demás [...] él renuncia a toda autonomía para identificarse con la ley general de obediencia al curso de los acontecimientos”<sup>26</sup>. En realidad, la estrella académica no es tanto una persona como el fetiche de una persona: un cuerpo carismático ungido por el mercado como un signo de capital académico<sup>27</sup>. Tal estrella o superestrella no sólo captura la atención, él o ella distorsionan campos enteros de conocimiento, como un agujero negro que deforma el espacio-tiempo académico. Los académicos menos prominentes del sistema son interpelados como *voyeurs* o distantes admiradores del *espectáculo* de la teoría. Los propios nombres de las primeras estrellas, citados reiteradamente por otros académicos, sirven frecuentemente sólo como “marcadores de verdad”, como modos de “autorizar” el procedimiento académico<sup>28</sup>. Los resultados no pueden ser otros que la adulación y la estandarización intelectual. La propia proximidad de la estrella al poder (capital académico) la vuelve codiciada para los estudiantes de posgrado, lo cual, a su vez, deriva en la corrupción de la relación ética entre el que enseña y el que aprende. Sobre el destino del conocimiento dentro de campos altamente competitivos y jerárquicos, Bourdieu observó:

La audacia o incluso la imprudencia estatutariamente concedidas a algunos proporcionan la mejor de las justificaciones y la más segura de

las coartadas para la prudencia institucional que se le exige a la mayoría. El culto a la “brillantez”, a través de las facilidades que procura, la falsa audacia que alienta y los trabajos humildes y oscuros que desalienta, se opone menos de lo que podría parecer a la prudencia de la *academica mediocritas*, a su epistemología de la sospecha y el resentimiento, a su odio a la libertad y el riesgo intelectual<sup>29</sup>.

Al finalizar su primer año en la escuela de graduados de uno de los programas “insignia” en humanidades del sistema de la Universidad de California, un marxista persa amigo mío, que años atrás debió huir de Irán tras haber sido sentenciado a muerte por el régimen islámico, afirmó enojado: “¡Hay más ortodoxia intelectual [en este programa de posgrado] que bajo el ayatollah!”. Tal como lo sugiere esta anécdota, el posmodernismo, a pesar de su barniz de radicalismo e iconoclasia, en la práctica funciona como una fuerza cultural que ahoga la pesquisa crítica genuina y el pensamiento creativo, y penaliza a aquellos que disienten con su marco ideológico.

Frederic Jameson ha argumentado que un síntoma de la posmodernidad es la decadencia del afecto<sup>30</sup>. Sin embargo, esto no es del todo correcto. Desde las superficiales profundidades de la cultura posmoderna o cultura de la mercancía, hacen erupción potentes exhibiciones de agresión y hostilidad. La lucha por recursos universitarios escasos exacerba la ansiedad y la inseguridad; por ende, también los instintos agresivos de una parte de la *intelligentsia*, en base a la cual la subcultura posmoderna prospera. Si lo personal es político, luego, en el muy competitivo mundo de la academia, lo personal es también frecuentemente patológico. Esto es especialmente cierto respecto del programa de humanidades contemporáneo, un programa de alta presión, un horno de esterilización donde sólo los patógenos de constitución genética más resistente sobreviven, crecen y se multiplican. La liquidación del humanismo en la teoría refleja relaciones cada vez más *inhumanas* entre (y al interior de) los estudiantes de posgrado, los docentes, los administradores y el personal de la universidad. En este sentido, la sabiduría convencional postestructuralista según la cual “la sociedad moderna no puede ser salva-da”<sup>31</sup> hace que la práctica social sea permanentemente vulnerable a impulsos autoritarios escasamente ocultos. Es ilustrativo que la respuesta instintiva de Michel Foucault frente al paroxismo de la Revolución Iraní no consistiera inicialmente en simpatizar con los izquierdistas y las feministas que participaban de aquel levantamiento, sino en elogiar a los extremistas islámicos que apoyaban al ayatollah Khomeini. Esto no fue un simple descuido de parte de Foucault, sino una postura que brotaba orgánicamente desde su profundo escepticismo sobre todas las instituciones y normas modernas, incluidas

las de la democracia representativa. Como nos lo recordaran Janet Afary y Kevin Anderson:

Los académicos a menudo asumen que la sospecha de Foucault sobre el utopismo [...] la hostilidad a los grandes relatos y universales [...] y su énfasis en la diferencia y la singularidad en lugar de la totalidad lo tornarían menos proclive que sus predecesores de la izquierda a idealizar una política autoritaria que prometa remodelar radicalmente desde arriba las vidas y los pensamientos de un pueblo [...] Sin embargo, sus escritos sobre Irán mostraron que Foucault no era inmune al [mismo] tipo de ilusiones que tantos izquierdistas occidentales habían abrigado con respecto a [la URSS y China]<sup>32</sup>.

La simpatía de Foucault hacia los militantes islámicos tiene hoy su correlato en el improvisado desprecio con el que algunos jóvenes académicos tratan la idea misma de la democracia —es decir, no sólo la práctica imperfecta y distorsionada de la democracia “realmente existente”.

Otro aspecto saliente del *habitus* posmoderno es el modo en que la despreocupada indiferencia de la filosofía posmoderna hacia la verdad como categoría ontológica —esto es, como medio para adscribir signos o significados a los hechos, lo Real— se refleja en la mala fe con que los adeptos al posmodernismo se traban en discusión o debate. Todavía recuerdo, por ejemplo, una conversación que sostuve con una colega estudiante de posgrado mientras asistía a un programa de doctorado en humanidades a principios de los años noventa. La estudiante, quien se había convertido en aprendiz de un destacado académico postestructuralista, proclamó, durante un seminario, que la verdad no existía, y que la gente allí reunida no debía ponerse a discutirla como si existiera. En el recreo, le pregunté qué habría dicho si yo le hubiera contado que, en medio de nuestra clase, yo había visto a Abraham Lincoln abrir la puerta del aula, caminar alrededor nuestro y luego irse. ¿No habría tenido que considerar si tal cosa había realmente ocurrido o si yo la había imaginado? “No, en absoluto”, me replicó confiadamente, “me habría preocupado por tu seguridad y habría tratado de protegerte. Porque vivimos en una sociedad disciplinaria que intentaría interpelarte como ‘loco’”. Esta estudiante, que se entrenaba para convertirse en teórica, no estaba simplemente aplicando la crítica de Foucault al discurso sobre la locura; estaba desconociendo tácitamente su participación en una *condición humana* compartida o común en la cual las cuestiones de verdad son un elemento ineludible y crucial de nuestras vidas. Acecha aquí un oscuro cartesianismo: la imagen que el postestructuralista tiene de sí mismo es la de un espíritu incorpóreo que flota por sobre el juego de los simples asuntos mortales. Pero

puede presumirse que la estudiante de posgrado, en este caso, no dudaba de la existencia de su cuenta de beneficios financieros\*, y era cuidadosa al chequear la exactitud –veracidad– de su balance.

En mi propia experiencia en la escuela de graduados, los estudiantes que más insistían en el punto de que la verdad no era sino un discurso casualmente eran también los más crédulos respecto de sistemas ocultos como la astrología. Mis amigos posmodernistas pasaban infinitas horas ejecutando programas de horóscopos en sus computadoras, y siempre juraban que sus cartas astrales eran exactas y veraces, aun cuando ellos mismos disputaban todas las descripciones materialistas y científicas de la realidad. Me viene a la mente la irónica descripción que Stendhal hace de Fabricio, el crédulo joven protagonista de *La cartuja de Parma*, un hombre que se enorgullece de ser intelectualmente sofisticado pero que ingenuamente se aferra a su propia clase de superstición: “El razonamiento de Fabricio no pudo seguir ahondando [...] Era muy ajeno a pasarse el tiempo examinando con paciencia las particularidades reales de las cosas, para adivinar luego sus causas. Lo real le parecía aún insípido y cenagoso”<sup>33</sup>.

En realidad, los postestructuralistas exhortan a sus seguidores a *no* investigar la causalidad –o la política. Así, según Kirstie McClure:

La tarea que tenemos a mano consiste en repensar el carácter político del deseo de una teoría causal comprensiva como reflejo de la “verdad” del mundo social –examinar la suposición, en vez de ceder a ella, de que la “teoría” es garante de imperativos prácticos, un conjunto de justificaciones para la acción instrumental y un basamento autorizado [...] En otras palabras, en vez de restringir la atención a las “teorías” como construcciones intelectuales destinadas a representar la verdad del mundo, deberíamos prestar atención a la “teorización” en sí misma como una actividad [...] una práctica política siempre e ineludiblemente implicada con el poder. La “teorización”, en este sentido, es siempre argumentable, no simple y estrechamente en términos de la “verdad” de su contenido o la “precisión” de sus representaciones, sino más ampliamente en términos de sus filiaciones, desafilaciones y equivocaciones sobre la concepción dominante de “lo político”<sup>34</sup>.

La autora prosigue hasta sugerir que “lo que está en juego en estas disputas no es una cuestión de adecuación explicativa ni de eficacia política [...] sino

---

\* N. del T.: En inglés, TIAA-CREF Benefits Account. El autor se refiere a los beneficios que la estudiante obtiene de su cuenta Teachers Insurance and Annuity Association-College Retirement Equities Fund (TIAA-CREF). Se trata de una agencia de servicios financieros para personas del ámbito académico y científico.

la cuestión de hallar un espacio de respiro para la articulación de nuevos conocimientos, nuevas agencias y nuevas prácticas”<sup>35</sup>. Sin embargo, es obvio que sugerir que la teoría debería ser expurgada de su tradicional preocupación por los “imperativos prácticos”, como así también de su preocupación fundamental por la verdad y la precisión, equivale a rechazar que la reflexión crítica sea puesta al servicio de los *seres humanos*, y no al servicio de las preocupaciones de los teóricos. Lo que ahora importa es la profesionalización, no la liberación. De ahí el de otro modo incomprensible consejo del veterano antropólogo poscolonial que les recomienda a sus estudiantes de posgrado en Estudios Aborígenes que no se concentren en la opresión y la injusticia. La teoría, escribe, no debería estar “basada en la victimización o la opresión (sintomática Recuperación de la Ideología –en otras palabras, ‘esto es lo que está mal’), sino [en] una [narrativa] más afirmativa basada en el devenir, la diseminación y el intercambio”<sup>36</sup>.

#### EL MUNDO POSMODERNO DEL ESTUDIANTE DE HUMANIDADES

El posmodernismo ha tenido un impacto incalculable no sólo sobre la *intelligentsia* académica (estudiantes de doctorado y docentes), sino también sobre los simples estudiantes de grado. Para un creciente número de alumnos, el posmodernismo es su primera –y en muchos casos última– exposición al pensamiento crítico. Estos estudiantes no han tenido, por lo general, el beneficio de un entrenamiento previo en disciplinas y métodos heurísticos, y no se les asignan textos críticos de los enfoques postestructuralistas. La consecuencia es que “los mejores y más brillantes” miembros de las clases media y alta están siendo educados en un modo de discurso que es relativista y escéptico. En la novela *Nice Work*, de David Lodge, un académico posmodernista le escribe a una colega (en ocasión de romper con ella y abandonar por completo la academia):

La teoría postestructuralista es un juego filosófico muy intrigante para jugadores muy listos. Pero la ironía de enseñarla a jóvenes que no han leído casi nada, excepto los textos de su certificado general de educación y *Adrián Mole\**, que no saben casi nada respecto de la Biblia o la mitología clásica, que no saben reconocer una frase mal formada, ni recitar poesía con algún sentido de ritmo; la ironía de enseñarles la arbitrariedad del significante la tercera semana de su primer año resulta al final algo demasiado penoso de soportar<sup>37</sup>.

---

\* N. del T.: Adrián Mole es el personaje principal de una serie de novelas de la escritora inglesa Sue Townsend, muy populares entre los adolescentes.

Los estudiantes que son expuestos al posmodernismo tienen, típicamente, una de dos reacciones. O bien se desconciertan y horrorizan, o quedan hipnotizados. Para los que sienten que están siendo estafados pero que no tienen sustento intelectual innato o aprendido para plantear objeciones al proyecto posmodernista, la experiencia puede ser verdaderamente desalentadora y confusa. Una alumna a quien yo conocía me habló de la desmoralización que sintió cuando, en el primer día de clases en Estudios de la Mujer, y al abordar el tema de la sexualidad, su instructora en estudios culturales posmodernistas “sexo-positiva” procedió a proyectar múltiples fragmentos de videos pornográficos, incluyendo una película *snuff*\* que aparentemente mostraba mujeres reales al momento de ser asesinadas. Cuando una de las estudiantes más jóvenes de la clase levantó la mano y preguntó por qué se les mostraban mujeres que estaban siendo asesinadas, y en qué medida esto podía considerarse erótico, la instructora replicó: “Si no estás preparada para divertirme, no deberías estar en esta clase”. Pero muchos otros estudiantes se sienten atraídos por la algarabía autorreferencial del posmodernismo, su aparente iconoclasia y su falta de respeto por la tradición. Para este grupo de estudiantes, la teoría posmodernista está en sintonía con el nihilismo de la cultura popular masiva —la pose vertiginosa, “a la moda”, falsamente alternativa y cínica de MTV, Beavis & Butthead, South Park y los videojuegos de acción en primera persona\*\*<sup>38</sup>. Estos estudiantes son recompensados por sus instructores con el placer de lo arcano —la membresía honoraria en el sacerdocio de la Teoría.

Más aún, llegan a creer que están involucrados en un proyecto *político* importante. Por ejemplo, a las estudiantes de grado que se topan con estudios de la mujer o cursos de literatura se les enseña que es *político* rechazar el feminismo de la segunda ola (liberal y radical) como algo fuera de moda, o renunciar a la pedagogía feminista de elevar las conciencias. Las jóvenes “posfeministas” se sienten más cómodas discutiendo “la falta” o “el diferendo”\*\*\* que las circunstancias materiales y las experiencias de ser mujer en la sociedad de hoy —por ejemplo, la violencia de las fraternidades o la violación durante una cita, la feminización de la pobreza, la cosificación\*\*\*\* sexual de la mujer en los medios de comunicación, la perduración de la pornografía.

---

\* N. del T.: Las películas *snuff* (*snuff movies*) son grabaciones en video de asesinatos, torturas, violaciones y otras atrocidades, que luego son distribuidas comercialmente, a menudo sin editar. La autenticidad de estas producciones es motivo de gran controversia entre los especialistas.

\*\* N. del T.: En inglés, *first-person shooter video games*.

\*\*\* N. del T.: En inglés, *differend*.

\*\*\*\* N. del T.: En inglés, *objectification*.

La actriz Maggie Gyllenhaall, quien se graduó en Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia a finales de los noventa, ha dicho en entrevistas que se sintió atraída hacia su papel en *Secretary*, donde encarna a una sumisa trabajadora de oficina que se empodera mediante humillación sadomasoquista a manos de su jefe, por la “agenda política” de esa película —el hecho de “que estaba pensada para ser transgresora y llamar la atención sobre el tema”<sup>39</sup>. Gyllenhaall dice que aceptó el papel, en parte, “para luchar contra esas feministas de la vieja escuela” (es decir, las que solían pensar que el desear ser dominadas era una mala política para las mujeres). “Comencé a pensar que toda mi educación universitaria me estaba preparando para defender la política de esta película”<sup>40</sup>.

Pero el posmodernismo ahora afecta virtualmente a todos los estudiantes de grado, y no sólo a los que cursan estudios en literatura, a través de los programas y los centros de escritura y composición que proliferaron en los campus universitarios en los años ochenta y noventa<sup>41</sup>. Muchos de los instructores y conferencistas de dichos programas, que ahora sirven como primer punto de contacto entre muchos estudiantes de grado y los acervos de conocimientos autorreflexivos o teóricos, han adoptado teorías posmodernistas como forma de abordar los temas multiculturales y pluralistas en el aula. Buena parte de la literatura crítica en Composición, Educación, Retórica, Escritura y Educación Artística ahora recurre a figuras postestructuralistas como Derrida, Bajtin, Cixous, Kristeva y Lyotard<sup>42</sup>. Los nuevos críticos de la escritura promueven enfoques sobre el alfabetismo y la escritura que enfatizan la disyunción, la pluralidad y una pedagogía cuidadosamente despojada de juicios o estándares normativos. Esto es, en vez enseñar a los estudiantes a ser capaces de discriminar analíticamente, o notar la diferencia entre la verdad y una mentira, los educadores ponen el acento en una ideología “expresivista” que privilegia la expresión individual por sobre el pensamiento crítico. Así, por ejemplo, Alice Gillam, en su influyente ensayo “Writing Center Ecology: A Bakhtinian Perspective”, elogiaba a Bajtin por celebrar las “fuerzas centrífugas [de] la *heteroglosia* [la cual] desestabiliza perpetuamente al lenguaje mediante múltiples significados, contextos variantes, y el libre juego de los dialectos”<sup>43</sup>. Según Gillam, un buen tutor de escritura no es el que ayuda a los estudiantes a cumplir con una norma de discurso académico o lógico, sino, al contrario, a alcanzar la “auto-expresión”. El enemigo es la univocalidad —cualquier cosa que silencie u opaque las “múltiples voces” en el propio texto de los estudiantes. Porque, según escribe Gillam (parafraseando y citando a Bajtin), “el hecho de que [...] nunca podamos arribar a ciertas respuestas ni establecer una ‘identidad unitaria’ y final, ‘no es para lamentar’, sino para celebrar”<sup>44</sup>.

De manera similar, la conocida teórica de la educación y la escritura Kathleen Berry declara que “la negociación democrática de –y la resistencia a– la injusticia” no conduce a “la unidad o totalidad como en el autoritarismo o el humanismo liberal, sino [a] la complejidad de autor(idades) en el posmodernismo”<sup>45</sup>.

El maestro/manual/sociedad/institución ya no es la única autoridad. Enseñar/aprender en el (con)texto posmoderno difumina al/la autor/idad dominante [...] El maestro, las prácticas de enseñanza, las tareas, las pruebas y la evaluación ya no serán vistos como centros autorizados de distribución y medición del conocimiento [...] Las infraestructuras modernas que determinan qué y quién es excelente en la enseñanza y el aprendizaje serán desmanteladas<sup>46</sup>.

Mientras especialistas como Berry y Gillam son indudablemente bien intencionadas, de todos modos es extremadamente perturbador ver cómo los teóricos combinan el autoritarismo con el “humanismo liberal”, o se abstienen de formas de instrucción de grado que podrían proporcionar a los estudiantes un asidero cognitivo para enfrentar la confusión, el nihilismo y las formas alienadas de cultura y economía que los envuelven. De hecho, la confusión cognitiva –la eliminación del contexto socioeconómico e histórico– ha reemplazado a la enseñanza de la argumentación y de lo que, a falta de una mejor expresión, podríamos llamar imaginación sociológica. De esta manera, los programas de composición y escritura en las universidades se han convertido en la zona cero para que los posmodernistas fisionen la conciencia de los estudiantes de grado. Cuando se lo engloba como pedagogía o filosofía de la educación, el posmodernismo lleva a que los instructores y educadores universitarios no enseñen a sus estudiantes acerca del *poder* –esto es, acerca de los hechos concretos de nuestra existencia social–, sino acerca de la imposibilidad de conocer algo en absoluto. “Yo espero”, añade otro teórico de la escritura, “que nosotros los posmodernistas podamos defender nuestro terreno [...] en el campo abierto de una comunidad descentralizada donde no hay jerarquías, sólo construcciones *ad hoc*, donde no hay respuestas, sólo preguntas”<sup>47</sup>. De manera similar, la editora de la revista electrónica deleuziana *Rhizomes* elogia “las prácticas creativas y críticas que nos alientan a unir ideas que parecen tan dispares o incompatibles, y de este modo deliberadamente *nos dislocan de lo conocido*” (énfasis propio). Las prácticas académicas, escribe, debieran “ser impredecibles, performativas e incompletas”<sup>48</sup>.

La admitida preocupación del educador posmodernista por la democracia radical en el aula tiene un pie puesto en el postestructuralismo y el otro en la pedagogía de Paulo Freire. Pero Freire, un socialista, nunca renunció al

contacto con la realidad, ni a su ferviente creencia en que la responsabilidad del educador era ayudar al estudiante a desarrollar una comprensión dialéctica de la estructura social. La educación, escribió Freire, nunca debería ser concebida como la transmisión de una ortodoxia ideológica, sino como el cultivo de la “transitividad crítica” propia en el estudiante.

La transitividad crítica [...] se caracteriza por la profundidad en la interpretación de los problemas; por la sustitución de explicaciones mágicas por principios causales; por tratar de comprobar los “descubrimientos” y estar dispuestos siempre a las revisiones; por despojarse al máximo de preconcepciones en el análisis de los problemas y, en su comprensión, esforzarse por evitar las deformaciones [...] por la solvencia de la argumentación [...] por la receptividad de lo nuevo, no sólo por nuevo y por la no-negación de lo viejo sólo por viejo, sino por la aceptación de ambos en cuanto a su validez<sup>49</sup>.

Así, mientras Freire enfatizaba la igualdad entre el estudiante y el maestro, nunca dejaba de reconocer el rol crucial que cumple el educador en inducir al estudiante hacia una conciencia más comprehensiva sobre el poder. Los posmodernistas, por el contrario, parecen absolutamente hostiles a la noción de que a los estudiantes de grado debiera enseñárseles cómo evaluar analíticamente los argumentos, o percibir relaciones entre fenómenos particulares y la totalidad material y cultural en la cual dichos fenómenos aparecen.

Esta obsesión por el conocimiento incompleto, asociada a la fetichización del “proceso democrático”, ha sido especialmente dañina para la pedagogía feminista. El obsesivo énfasis del feminismo postestructuralista en el *proceso* y el método ocurre frecuentemente a expensas de la instrucción normativa y la indagación dialéctica. Meg Woolbright, por ejemplo, relata la historia de cómo “corrigió” el impulso de su estudiante-tutora feminista por mostrar a sus jóvenes alumnas cómo los valores patriarcales se expresaban en una determinada obra de ficción. Al imponer su propia lectura feminista del texto, la tutora estaba “reforzando normas institucionales de silencio y obediencia” y los “valores de jerarquía y objetividad”<sup>50</sup>. Precisamente *como* educadoras feministas, escribe Woolbright, debemos “admitir [...] que la dicotomía entre prácticas feministas y patriarcales es falsa”, y que no hay una manera “correcta” de escribir: la tutora se equivoca cuando refuerza “el valor positivista y patriarcal de que hay una lectura ‘correcta’”<sup>51</sup>. En otras palabras, en lugar de decirles a los estudiantes que sus interpretaciones de un texto, o de la realidad, podrían estar equivocadas, deberíamos ayudarlos a descubrir y expresar sus propios sentimientos y experiencias. Así, el posmodernismo conduce a la abdicación de la responsabilidad del intelectual, precisamente, en la *educación* de la conciencia. La propia auto-expresión del estudiante, en

vez de su entendimiento y politización, se convierte en la razón de ser de la pedagogía.

### DE LA ACADEMIA AL ACTIVISMO

El posmodernismo ha puesto seriamente en peligro la capacidad de las pensadoras académicas feministas para criticar la violencia patriarcal y la cosificación de la mujer<sup>52</sup>. Pero si el posmodernismo ha sido dañino para el pensamiento feminista en la universidad, también ha tenido un palpable impacto en las comunidades de activistas feministas fuera de la academia. Feministas radicales como Irene Reti han señalado que el surgimiento de teorías postestructuralistas sobre la sexualidad ha legitimado prácticas sadomasoquistas y pornográficas dentro del movimiento gay y lésbico en modos que reflejan, inquietantemente, la violencia del patriarcado generalizado, y ha despolitizado el feminismo y el movimiento de mujeres en EUA<sup>53</sup>. Incluso las críticas feministas a la violencia masculina contra las mujeres han perdido su filo a causa de la sensibilidad posmodernista.

El 6 de diciembre de 1989, Marc Lépine, un frustrado aspirante a ingeniero, asesinó a catorce jóvenes mujeres estudiantes de la Escuela Politécnica de Montreal, tras ponerlas en fila y gritarles que eran “todas una banda de feministas”. Consternadas por el desastre, un grupo de feministas canadienses respondió con *The Montreal Massacre*, una colección de ensayos, poemas y cartas feministas publicadas poco después del suceso. Quienes contribuyeron al libro recordaban conmovidas sus sentimientos de dolor y escándalo, o también ofrecían importantes análisis de la economía sexual y política del patriarcado canadiense que dio origen a la violencia de Lépine. Sin embargo, un ensayo pulsaba una nota decididamente diferente. Invocando el abstracto y distanciado lenguaje de las teorías postestructuralistas de Lacan, una psicoanalista llamada Monique Panaccio escribió:

El acto insano de Marc Lépine estaba dirigido al *goce*\*, al cual se supone que todos debemos decirle que “no”, y esta es la razón por la que, más allá de la tragedia de aquellos que están personalmente afectados por la pérdida de un ser querido, este acto es intolerable. Aunque es parte de la historia de vida personal de Marc Lépine, también nos toca a todos y cada uno de nosotros en nuestra propia historia de vida, haciéndonos *imaginar*, una vez más, que hay un modo de burlarse de la castración y de la Ley, despertando así [...] todo lo que siempre queda de nuestra pena por nuestra separación del cuerpo de la Madre, y mostrándonos el resul-

---

\* N. del T.: *jouissance*, en el original.

tado mortífero del fracaso de una y el resultado mortífero de transgredir la otra [...] Marc Lépine llevó a cabo lo que para todos nosotros es a la vez deseable y tabú: el incesto y el asesinato<sup>54</sup>.

Según Panaccio, el acto de Lépine no fue, en primera instancia, una representación de violencia misógina, sino un caso de “locura [...] fuera de control”, una locura que “ha eludido el control social y está atacando los propios fundamentos del orden”<sup>55</sup>. Aunque admitía que “no era completamente errónea” la extendida mirada feminista sobre Lépine como representante de un “tipo de pensamiento masculino que amenaza a las mujeres con la ejecución si ellas rechazan el lugar que las mantiene en inferioridad social”, Panaccio sugería que “la verdad seguramente no es tan simple”<sup>56</sup>. El ataque de Lépine no estuvo dirigido contra las mujeres o las feministas (mirada simplista y acaso ingenua), sino contra el “goce” –jugar por fuera de la Ley. Para comprender la “verdad” de la acción de Lépine, debemos reconocerla como un evento que no está a disposición de los medios de descripción convencionales.

Este es el punto en el que todo el discurso se interrumpe por completo, ya sea psiquiátrico, feminista, psicológico u otro. Este es el punto donde el límite es irreversible e irreparablemente transgredido, donde lo Simbólico y lo Imaginario se derrumban [...] Este es el punto donde el amor y el odio se funden en el sitio de lo que es innominable<sup>57</sup>.

Habiendo efectivamente declarado que el acto de Lépine era *históricamente* ininteligible, Panaccio involucra ahora a la sociedad moderna como tal en “lo innominable” –esto es, en la facticidad de los catorce jóvenes cadáveres. “Marc Lépine”, concluye, “logró lo que *para todos nosotros* es a la vez deseable y tabú: el incesto y el asesinato”<sup>58</sup>. La atrocidad de Lépine, en otras palabras, fue un acto críptico-transgresor o subversivo que representó nuestras propias fantasías colectivas (de varones y mujeres por igual).

Lo que aquí vemos es la ósmosis del postestructuralismo académico hacia las bases populares no-académicas. La psicoterapia clínica ha comenzado a ser colonizada por la retórica postestructuralista<sup>59</sup>. La misma dinámica puede observarse en otros lugares. Considérense los siguientes tres pasajes. Los dos primeros corresponden a teóricos académicos, Homi Bhabha, y Hardt y Negri, mientras que el tercero pertenece a una autodenominada “educadora-activista-estudiante-feminista radical negra de 19 años” (y estudiante de grado de cuarto año en la Universidad de California en Berkeley), quien está profundamente involucrada en el movimiento anti-prisión “abolicionista”.

[El] énfasis en el presente disyuntivo de la palabra [...] permite la articulación de la agencia subalterna como relocalización y reinscripción [...]. Este es el movimiento histórico de la hibridación como camuflaje, como una agencia antagónica contestataria que funciona en el espacio de tiempo del signo/símbolo, el cual es un espacio intermedio entre las reglas de acción<sup>60</sup>.

Podría decirse que la soberanía del imperio [...] se ejerce en los márgenes, donde las fronteras son flexibles y las identidades, híbridas y fluidas [...]. En realidad, el centro y el margen parecen cambiar continuamente de posición, abandonar cualquier ubicación determinada. Hasta podríamos decir que el proceso mismo es virtual y que su poder estriba en el poder de lo virtual<sup>61</sup>.

Deseo hablar desde los márgenes [...] es necesario para nosotros localizar y reconstruir el espacio iterativo desde el cual fluye el poder, reconociendo y abordando continuamente el hecho de que el espacio (y, por extensión, la metáfora espacial) está en un constante fluir<sup>62</sup>.

Lo significativo no es sólo que la activista anti-prisión habla ahora en un idioma foucaultiano, sino que también afirma y reproduce los principios centrales de la ortodoxia postestructuralista —un sentido de la temporalidad colapsado (“el ahora”), la indeterminación espacial del poder y un prejuicio contra la construcción de instituciones alternativas. Los modos de conocer del posmodernismo pueden, de hecho, encontrarse en un creciente número de movimientos sociales. Muchas comunidades activistas *on line* y *blogs* repiten actualmente la retórica o las ideas postestructuralistas, sin que parezcan tener ningún conocimiento directo de, o conexión con, las humanidades académicas. Por ejemplo, el sitio en Internet *Hacktivist*, invocando un término popularizado por Deleuze, describe la piratería informática como una forma “rizomática” de acción política.

El posmodernismo se ha filtrado incluso en el supuestamente más universal de los movimientos sociales —el movimiento por los derechos humanos internacionales. Hace poco, cuando interpele sobre cuestiones de teoría a un amigo mío, un alto administrador en una de las organizaciones internacionales de derechos humanos más grandes del mundo, él escribió:

No creo que todo el postestructuralismo sea tan negativo. Pienso que socavar los sistemas de Verdad Absoluta, incluidos los del centro liberal o la izquierda autoritaria, tiene un potencial liberador. Sospecho que muchos de estos sistemas de Verdad toman a la ciencia como arquetipo y, como ex

físico cuántico, yo argumentaría con certeza que las reivindicaciones de la Verdad por parte de la ontología científica son insostenibles<sup>63</sup>.

Por un lado, yo coincidía con mi amigo (en el mismo correo electrónico) en una aseveración adicional: “con un espíritu post-ilustración, estoy tentado a describir a los derechos humanos, por ejemplo, como un mito —pero en el sentido positivo del ‘Mito de la Huelga General’ de Sorel (esto es, como un emblema inspirador y no como una realidad concreta)”. Por otro lado, yo estaba impresionado por el hecho de que incluso miembros de la *intelligentsia* técnica (mi amigo trabaja en tecnologías de la información) hayan llegado a pensar en las afirmaciones científicas como meros relatos.

¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Cómo damos cuenta de la notable intrusión de un movimiento filosófico decadente, complicado y autocontradictorio en las ideas predominantes del activismo de base? ¿Cómo ha logrado el posmodernismo desplazar lo que había antes —es decir, toda la tradición del marxismo occidental? Gran parte de la respuesta es que la crisis histórica del socialismo y los movimientos sociales de izquierda en los años ochenta y noventa dejó un agujero en las teorías de la praxis, un vacío que el postestructuralismo fue capaz de llenar. Frente a la aparente decadencia de la tradición socialista y los movimientos obreros, por un lado, y el surgimiento de la derecha política y los fundamentalistas, por otro, los activistas de base han estado comprensiblemente ávidos por abrazar narrativas tranquilizadoras (aunque superficiales) que parecen a la vez iconoclastas y levemente optimistas. Los cuentos que relata el posmodernismo —sobre la inevitabilidad pero también sobre la virtud de la fragmentación del movimiento; sobre la interminable indeterminación y fluir de lo histórico; sobre la imposibilidad del conocimiento de la totalidad; sobre los efectos positivos de la globalización (cruces de fronteras, hibridación, entre otras cosas)— resultan atractivos precisamente porque parecen reflejar la experiencia de la posmodernidad misma. Aquí radica la oscura verdad de la teoría posmodernista —en forma y contenido el posmodernismo efectivamente imita las condiciones reales del capitalismo tardío. Que esta mímica también reproduce fielmente las condiciones sociales alienadas, las mentiras y el espacio-tiempo fragmentado del capitalismo es algo que se reconoce con menor frecuencia.

En el otro extremo de la ecuación, muchos de los propios teóricos postestructuralistas han indudablemente implorado una conexión. También ellos han querido “hacer la diferencia” en un mundo donde los senderos hacia la lucha política y social efectiva han sido obstruidos o de algún otro modo bloqueados. En términos psicoanalíticos históricos, podríamos especular con que el posmodernismo, en tanto movimiento intelectual, representa una forma de evasión colectiva, tanto psíquica como afectiva, de la desesperación, la

ansiedad y la negación generadas por la destrucción ecológica, el creciente caos social y la pérdida del sueño de 1968. El legado del movimiento de los sesenta ha sido ambiguo, tal como lo observa Isaac Balbus:

Tanto la nostalgia por (una versión idealizada de) lo que se ha perdido, como el (aparentemente) sobrio mensaje de que en realidad nunca se perdió nada verdaderamente valioso, neutralizan la pena —y la culpa— que inevitablemente acompañaría a una conciencia totalmente encarnada de la magnitud de nuestra pérdida. Ambas cosas sirven, en otras palabras, para protegerse contra la tarea profundamente difícil pero absolutamente indispensable de hacer el duelo por (lo que solíamos llamar) el Movimiento.

Según Balbus, “la atrofia de nuestra imaginación es un síntoma de nuestra *depresión política*”<sup>64</sup>. De igual modo, el posmodernismo puede ser visto como una respuesta adaptativa por parte de los intelectuales críticos a sus propias pérdidas personales y políticas —incluso como una forma de lo que Marcuse denominaba “desublimación represiva”.

Mientras que algunos académicos posmodernistas han alertado sobre la “contaminación” de la teoría por la práctica, por el contrario, la mayoría de ellos ha realizado grandes esfuerzos por volverse políticamente relevantes<sup>65</sup>. De hecho, ha habido una creciente fraternización entre académicos y activistas durante los últimos años, a medida que los pensadores posmodernistas asumían el rol de *sabios* con respecto a los movimientos sociales de base. En años recientes, por ejemplo, el teórico *queer* Eve Kosofsky Sedgwick ha participado en conferencias de base acerca del “Complejo Carcelario-Industrial”, mientras que autores postestructuralistas de obras tales como *Foucault, Cultural Studies and Governmentality* y *The Transubstantiation of Queer Identity in Postmodern Capitalism* han aparecido junto a veteranos organizadores en la conferencia “Renovando la Tradición Anarquista”. Con un ánimo similar, Michael D. Hardt, un experto en las teorías de Deleuze, de la Universidad de Duke, ha sido agasajado en reuniones del Foro Social Mundial.

Con el advenimiento de las nuevas tecnologías de la información y la Internet, el posmodernismo académico también ha comenzado a penetrar en la cultura popular alternativa de los jóvenes. Numerosos sitios de Internet ahora promueven activamente el posmodernismo para personas y activistas jóvenes, creando un entramado de política de izquierda, cultura *pop* y posmodernismo. A menudo dichos sitios son mantenidos por intelectuales con educación formal en teoría postestructuralista. El administrador de un sitio llamado “El anarquista posmoderno” tiene un doctorado en Estudios Culturales en Educación de la Universidad Estatal de Ohio<sup>66</sup>. Otro de los sitios más destacados es *Vòxygen*, una página popular orientada a jóvenes y mujeres

que incluye enlaces a los sitios de los principales pensadores postestructuralistas y de estudios culturales. Diseñado y mantenido por Laura Sells, una profesora agregada en Comunicaciones de la Universidad Estatal de Louisiana, el sitio se autodescribe como “una colección de intereses en políticas culturales feministas”, con especial atención en los “asuntos relacionados con las generaciones X e Y, la cultura popular y la cultura virtual”. ¿Y cuál es la premisa que lo guía? “Que el poder está en todas partes y en ninguna parte, que los códigos que han definido nuestras voces e identidades pueden ser identificados y reescritos”. El sitio *Voxygen* integra enlaces y alabanzas a los íconos feministas postestructuralistas (una página está dedicada a una “Oda a Donna Haraway”), al tiempo que deliberadamente desarrolla enlaces a otros sitios que muestran subculturas alternativas de mujeres jóvenes –pornografía lésbica sadomasoquista, cultura del videojuego y demás<sup>67</sup>. Pero el sitio también contiene enlaces a órganos de la “izquierda” tradicional y políticamente liberales como FAIR, el Centro Legal sobre la Pobreza en el Sur\* e incluso la AFL-CIO, evidencia adicional, si es que alguna se necesitaba, de que la confusión o combinación del posmodernismo con valores liberales y de izquierda como tales es ahora funcionalmente total.

### ¿LA MUERTE DEL POSMODERNISMO?

En lugar de la razón y el argumento –en breve, de la dialéctica–, los posmodernistas celebran la confusión cognitiva, la “paralogía” y la estética de la fragmentación<sup>68</sup>. El posmodernismo ofusca y enloda la realidad perceptible, en vez de clarificarla<sup>69</sup>. De allí la afirmación de la teórica de la composición Ruth Ray de que la teoría debería entenderse como “una lente, una perspectiva filosófica, una postura”, que es “narrativa antes que paradigmática” –“una epistemología anti-fundacionalista” antes que un “método”<sup>70</sup>.

Pero, al contrario, la teoría está precisamente en su mejor momento cuando sirve como paradigma de conocimiento, en el sentido específico que le asigna Thomas Khun, en tanto marco perceptivo que proporciona al científico o al observador los medios para discernir patrones de significado u orden en medio de una infinidad de fenómenos que, de otro modo, parecerían azarosos e ininteligibles. Como argumentaba Khun, “ni los científicos ni los profanos aprenden a ver el mundo por etapas o concepto por concepto [En vez de eso] tanto los científicos como los profanos clasifican campos enteros a partir de la experiencia”<sup>71</sup>. Lo que hacen las teorías paradigmáticas, entonces, es suministrar al observador comprometido los medios para discri-

---

\* N. del T.: En inglés, Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR) y Southern Poverty Law Center.

minar entre datos útiles e inútiles. Tal como lo escribiera Antonio Gramsci en sus cuadernos de la cárcel:

La realidad abunda en combinaciones de lo más extrañas, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, *traducir* a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica y no, al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto [...] (Leonardo sabía descubrir el número de todas las manifestaciones de la vida cósmica, incluso cuando los ojos del profano no veían más que arbitrio y desorden)<sup>72</sup>.

Así, en la visión de Gramsci, el rol del intelectual “crítico” —el revolucionario— consiste primordialmente en discernir los patrones de significación en la historia y la cultura para identificar líneas de acción más o menos prometedoras. El conocimiento político efectivo siempre está enraizado en una percepción de la totalidad, o *gestalt*, de las probabilidades históricas —en la compleja interacción, a través del tiempo, de los factores económicos y culturales, los intereses de clase, y la pasión y la voluntad humanas. No se trata de que seamos capaces de predecir el futuro “científicamente”, sino de entender, tan exacta y completamente como podamos, la sutil combinación de fuerzas que estructuran el campo del significado y que, por ende, son proclives a dar origen a un fenómeno u otro. Hasta aquí llega lo que la teoría radical o revolucionaria tiene en común con otras variedades de pensamiento humano político o estratégico. Lo que diferencia al teórico crítico de otros teóricos o intelectuales es, primero, su creencia en que la sociedad —el entramado de las relaciones sociales— puede ser transformada y, segundo, la convicción moral de que debe ser transformada. Esto puede parecer un punto trivial pero, de hecho, sitúa al intelectual crítico “en” el mundo de un modo cualitativamente diferente. Los compromisos normativos del intelectual crítico —la voluntad subjetiva de conocer el mundo para transformarlo— hacen posible un modo particular de ver y percibir.

Si definimos la teoría crítica de este modo, como un medio para hacer inteligibles la historia y el mundo *a fin de que podamos actuar conscientemente para transformar la historia y el mundo*, entonces las inadecuaciones del posmodernismo se tornan visibles. El posmodernismo es una doctrina que sistemáticamente presenta la inteligibilidad como imposible. Este es su mensaje, tanto como su método. Conocer y no-conocer, esta distinción le resulta irrelevante. Si los marxistas en los siglos XIX y XX tenían una excesiva confianza en el poder del pensamiento para llegar a dominar la totalidad —y a menudo la tenían—, la actual generación de teóricos críticos comete el error opuesto, despojando al pensamiento del derecho y la capacidad de

conocer el mundo en absoluto. Pero sin la habilidad de pensar clara y críticamente sobre la naturaleza del poder existente (y sobre cómo derrotarlo) estamos ciegos ante la posibilidad histórica. Por lo tanto, es irónico que el postestructuralismo se haya confundido con la “teoría” como tal porque, en el fondo, es profundamente antiteórico. Al igual que el marxismo vulgar del cual surgieron y contra el cual reaccionaron y se desarrollaron, las doctrinas del postestructuralismo han reducido los complejos problemas sociales e históricos a un catecismo de fórmulas pre-digeridas, banalidades mecanicistas y proposiciones descuidadas y frecuentemente tautológicas respecto de la naturaleza de la sociedad, el poder y el sujeto. Y sus pocas y modestas contribuciones teóricas nunca pueden siquiera comenzar a compensarnos por el daño que le han ocasionado al pensamiento crítico los destructivos conceptos engendrados por el posmodernismo. Me estoy refiriendo al ingenuo espontaneísmo y amoralidad del movimiento; a la apresurada descalificación, por parte de figuras como Foucault y Lyotard, de la necesidad de liderazgo político en la izquierda; al gran narcisismo de los intelectuales poscoloniales (cuya celebración de su propia “hibridación” y sus “cruces de fronteras” opaca los traumas de refugiados menos privilegiados e inmigrantes económicos desarraigados por el capital); a la misión de búsqueda y destrucción llevada a cabo por los deconstruccionistas en contra de la empatía y la identificación imaginativa en los estudios literarios; a la repelente defensa de la pornografía y la “degradación” por parte de las feministas postestructuralistas; al fetiche rococó lacaniano del sujeto des-integrado; al rechazo del lenguaje de los universales —ahora conceptos *déclassés* como humanismo, liberación, revolución y totalidad.

Los críticos posmodernistas han ridiculizado las meta-narrativas universales y la verdad, incluso cuando ellos mismos discuten severamente conceptos metafísicos vacíos como *episteme*, falologocentrismo, *différance* y “la falta” —versión del ectoplasma y el éter entre los teóricos contemporáneos. Han privilegiado sistemáticamente a los movimientos particulares y locales por sobre los globales y universales, sin considerar las exigencias o necesidades de la práctica real. Sin darse cuenta de —o indiferentes hacia— sus propias contradicciones y elisiones internas, el posmodernismo ha predicado el escepticismo epistemológico y el historicismo radical, mientras que se ha mantenido ignorante de sus propias determinaciones sociales. Pero lo más condenable de todo es que, cuando se trata de ofrecernos algo concreto, algo realmente *útil* con lo cual ganar tracción sobre los grandes problemas intelectuales, sociales y políticos de nuestros días, el posmodernismo se llama a silencio. Aquí, el posmodernismo verdaderamente se distingue por sí mismo: a diferencia virtualmente de todos los demás movimientos intelectuales o ideologías del pasado —anarquismo, socialismo, liberalismo, libertarismo, conservadurismo,

comunismo, fascismo—, el posmodernismo no ofrece ni una teoría de la sociedad, ni de la política y el Estado.

En el pasado, tan obvias deficiencias en la doctrina no han afectado su fortuna. Pero parece que la realidad finalmente ha comenzado a entrometerse en el idilio posmodernista. Como consecuencia de los ataques terroristas del 11-S contra EUA, los posmodernistas se han visto crecientemente avergonzados por su incapacidad para decir algo sustancial en términos políticos y sociales<sup>73</sup>. Incluso hay signos atormentadores de que los propios posmodernistas saben o sospechan que la fiesta ha terminado. Por ejemplo, “Historizando lo posmoderno global” es el tema elegido por la Sociedad para las Humanidades de Cornell para el período 2006-2007. En la descripción de dicho programa, una nueva actitud defensiva, una nueva ambivalencia o ansiedad parecen sobrevolar todo el proyecto postestructuralista, como una mortaja que cae:

Si podemos hablar de un momento posmoderno que permitió a los humanistas abordar críticamente la lógica de la ilustración de la modernidad occidental, entonces ahora es tiempo de historizar la lógica atribuida a lo posmoderno mismo [...] En un contexto global, lo posmoderno —en tanto descentramiento del sujeto humanístico, crítica a la ilustración y aparente adhesión a la fragmentación y la hibridación— ¿ha actuado como una fuerza emancipatoria o conservadora? El desafío posmoderno a la distinción entre alta y baja cultura, entre la postura opositora y la que es subversivamente irónica o paródica, ¿cómo ha contribuido a nuevos modos de consumir y producir la cultura global de las mercancías? Y, ¿por qué, y en qué contextos políticos, se ha culpado al posmodernismo por el encogimiento del espacio público, la muerte de la cultura pública y, en efecto, por la retirada que se percibe en el compromiso público de las humanidades mismas? [...] Puede argumentarse que el alcance teórico, la seducción y la ambigüedad que caracterizan al concepto de lo posmoderno son síntomas de un cierto privilegio que ha ejercido [...] Lo posmoderno, ¿ha minado radicalmente al eurocentrismo y las nuevas formas de imperialismo cultural o, por el contrario, los ha revitalizado y consolidado?<sup>74</sup>.

Aún está por verse si este agónico proyecto de autorreflexión llevará a un genuino re-pensamiento del proyecto posmodernista o si simplemente proporcionará a los postestructuralistas nuevos materiales para la innovación de las mercancías: detrás de todo amor narcisista por el propio yo está el terror reprimido de tener que enfrentar al verdadero yo. Sin embargo, si el posmodernismo mirara su propia imagen tal como se refleja en el espejo

de la teoría, se vería obligado a reconocer sus *propias* sobredeterminaciones históricas, sus propias ideologías, mitos y *episteme*. Por lo tanto, seguramente se autodestruiría. Pero, entonces, ¿qué quedaría para ocupar su lugar? El problema es que, en la actualidad, el postestructuralismo está institucional y culturalmente tan arraigado, y el campo de la teoría está tan desesperadamente enfangado por la proliferación y fragmentación del discurso que aquel ha producido, que la implosión del proyecto posmodernista como tal no ocasionaría un repentino renacimiento de la praxis. La teoría es inútil y propensa a distorsiones especulativas sin movimientos sociales que la sostengan y vigoricen, lo cual explica por qué la teoría posmodernista ha crecido al mismo ritmo que los movimientos sociales contemporáneos han declinado y perdido impulso.

Por lo tanto, la crisis de la izquierda, de la cual el posmodernismo es a la vez síntoma y causa, no se disolverá simplemente por el colapso de las ilusiones de la teoría. Lo que necesitamos, y con urgencia, no es un mero repudio al canon postestructuralista, sino un audaz y nuevo proyecto teórico —una teoría paradigmática de la acción que pueda unir el análisis materialista a una visión que no se avergüence de ser moral, utópica y ecológica. Tal proyecto, estrechamente entretelado con la práctica, a un mismo tiempo retomaría e iría mucho más allá de la trama perdida del pensamiento marxista-humanista y feminista-socialista. La obra de nuestros intelectos combinados debe ser la de trazar el mapa de la totalidad de la opresión y la liberación —no mediante la búsqueda del Santo Grial de una teoría científica de todo, sino estableciendo un horizonte ético para la práctica liberadora como tal. Sólo retornando de este modo al holismo en la teoría y la práctica podríamos comenzar a deshacer el terrible daño que el nihilismo infligió a nuestra praxis y a la verdad.

## NOTAS

El autor desea expresar su agradecimiento a Joel Brattin por sus comentarios, que fueron de gran ayuda en la preparación de este manuscrito.

- 1 El posmodernismo surgió como una corriente —inicialmente estética— separada del postestructuralismo, pero ambos terminaron convergiendo: la crítica postestructuralista al humanismo, la subjetividad y el fundacionalismo se volvió indistinguible del rechazo general a la modernidad y las instituciones modernas (de ahí el “post-modernismo”, una visión filosófica). Para los propósitos de este ensayo, ambos se usan de manera intercambiable para denotar un discurso teórico y un conjunto de asunciones, en vez de una experiencia social general —esto es, una “con-

- dición posmoderna” (Lyotard) o una “condición de posmodernidad” (David Harvey).
- 2 Michel Foucault, “Truth and Power”, *Power/Knowledge*, Nueva York: Pantheon, 1980, p. 133 [versión en español tomada de Michel Foucault, “Verdad y poder”, *Microfísica del poder*, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1979, p. 189].
  - 3 Friedrich Nietzsche, §168, “Human, All Too Human”, en R.J. Hollingdale, ed., *A Nietzsche Reader*, Nueva York: Penguin, 1977, p. 198 [versión en español tomada de Friedrich Nietzsche, “Humano, demasiado humano”, *Obras Completas*, traducción de Eduardo Ovejero Maury, Buenos Aires: Aguilar, 1966, p 249].
  - 4 Ver, en especial, Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Nueva York: Blackwell, 1997; Norman Geras, *Discourses of Extremity: Radical Ethics and Post-Marxist Extravagance*, Londres: Verso, 1990; Peter Dews, *The Logic of Disintegration*, Londres: Verso, 1987; y Teresa Ebert, *Ludic Feminism and After: Postmodernism, Desire, and Labor in Late Capitalism*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996.
  - 5 Barbara Epstein, “Why Poststructuralism is a Dead End for Progressive Thought”, *Socialist Review*, 25(2), 1995, p. 83.
  - 6 Jessica Dempsey y James K. Rowe, “Why Poststructuralism is a Live Wire for the Left”, *Praxis (e)Press*, 2004, <[www.praxis-epress.org](http://www.praxis-epress.org)>.
  - 7 En su defensa del postestructuralismo, Dempsey y Rowe suponen en esencia que las críticas de Epstein son alarmistas porque ese movimiento tiene pocas consecuencias políticas. “No es claro cuánto poder institucional tiene actualmente la teorización postestructural [sic], o la teorización en general, para ayudar o estorbar las políticas progresistas” (Ibíd., p. 37).
  - 8 Antonio Gramsci, §49, Fourth Notebook, en Joseph A. Buttigieg, ed., *Prison Notebooks*, Volume II, Nueva York: Columbia University Press, 1996, p. 200 [versión en español tomada de Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, traducción de Raúl Sciarreta, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000, pp.12 y 16].
  - 9 Russell Jacoby, *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe*, New York: Farrar, Straus and Giroux, 1987, pp. 232-233.
  - 10 Sobre la corporativización de la educación, ver especialmente Sheila Slaughter y Larry L. Leslie, *Academic Capitalism: Politics, Policies, and the Entrepreneurial University*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997; Derek Bok, *Universities in the Marketplace: The Commercialization of Higher Education*, Princeton: Princeton University Press, 2003; Ann Brooks y Alison MacKinnon, eds., *Gender and the Restructured University*, Buckingham: SRHE/Open University Press, 2001; Richard S. Ruch,

- Higher Ed., Inc.: The Rise of the For-Profit University*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003.
- 11 Diane Reay, "Cultural Capitalists and Academic Habitus: Classed and Gendered Labour in UK Higher Education", *Women's Studies International Forum*, 27, 2004, p. 33.
  - 12 John Sanbonmatsu, *The Postmodern Prince: Critical Theory, Left Strategy, and the Making of a New Political Subject*, Nueva York: Monthly Review Press, 2004.
  - 13 Tal como lo señala el presupuesto 2005-2006 de la Universidad de California, "las empresas de California estarán creando miles de nuevos empleos profesionales y gerenciales en los próximos diez años. La mejor manera de mantener estos buenos empleos aquí en California es tener una fuerza laboral con conocimientos y habilidades para competir en el mercado global. Los jefes ejecutivos de Intel, Hewlett-Packard y Microsoft han dicho recientemente que la mejor manera de competir es tener un sistema universitario fuerte. Por lo tanto, California debe incrementar su inversión en educación superior y ayudar a asegurar que suficientes graduados altamente educados estén disponibles para satisfacer las demandas de fuerza laboral de una economía basada en el conocimiento", University of California 2005-2006 Budget for Current Operations, Sacramento: University of California Board of Regents, 2005, p. 18.
  - 14 Lindsay Waters, "Bonfire of the Humanities", *The Village Voice*, 30 de agosto de 2004.
  - 15 Ver Michelle Lamont, "How to Become a Dominant French Philosopher", *American Journal of Sociology*, 93(3), noviembre, 1987, pp. 584-622. También, Niilo Kauppi, *French Intellectual Nobility: Institutional and Symbolic Transformation in the Post-Sartrean Era*, Albany: SUNY Press, 1996. Cf. Maria Ruegg, "The End(s) of French Style: Structuralism and Post-Structuralism in the American Context", *Criticism*, 21(3), 1979.
  - 16 University of California 2005-2006 Budget, p. 161.
  - 17 Cathy N. Davidson y David Theo Goldberg, "A Manifesto for the Humanities in a Technological Age", *Chronicle of Higher Education*, 50(23), 13 de febrero de 2004, B7.
  - 18 Entre los libros y artículos inequívocamente posmodernistas escritos por los directores del Instituto de Investigación en Humanidades, se encuentran los siguientes: "Heterogeneity, Hybridity, Multiplicity: Marking Asian American Differences"; "Literary Nomadics in Francophone Allegories of Postcolonialism"; "Cosmological Meditations on the In/Human: Lyotard and Beckett"; "Post/Colonial Conditions: Exiles, Migrations, Nomadisms"; "Crackers and Whackers: The White Trashing

- of Porn”; “Ecce Homo, Ain’t (Ar’n’t) I a Woman, and Inappropriated Others: The Human in a Post-Humanist Landscape”; etcétera.
- 19 Ver <<http://uchri.org/main.php?nav=sub>>.
  - 20 Sanbonmatsu, *The Postmodern Prince*, pp. 86–87.
  - 21 También hay otros mecanismos de legitimación. La edición de antologías “definitivas”, libros y guías tales como *Cultural Studies Reader* o *Queer Theory Reader* sirve para legitimar nuevas industrias caseras en la teoría. La *Johns Hopkins Guide to Literary Theory and Criticism*, Segunda Edición, editada por Michael Groden, Martin Kreiswirth e Imre Szeman [Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2005], sutilmente presenta al posmodernismo como el fruto lógico y necesario de la tradición de la teoría crítica. Ver Christopher Hitchens, “Transgressing the Boundaries: Literary Scholars Embrace an Elite Language, Yet Imagine Themselves Subversives”, *New York Times Book Review*, 22 de mayo de 2005, p. 18.
  - 22 Aviso publicitario en *Lingua Franca*, octubre, 1997, p. 4.
  - 23 Zygmunt Bauman, *Postmodernity and its Discontents*, Nueva York: New York University Press, 1997, p. 190.
  - 24 Por ejemplo, en marzo de 2005, un simposio organizado por el Departamento ponía énfasis en “[deshacer] la división teoría/práctica reconciliando la desproporcionada victimización de mujeres y niños en conflictos étnicos con una comprensión crítica de la participación de las mujeres en el conflicto étnico y su resistencia al mismo”, *Duke Women’s Studies Newsletter*, Spring 2005, p. 4. La directora del programa, la incomparable Jean Fox O’Barr, merece el reconocimiento por haber mantenido la teoría feminista a flote en tiempos posmodernistas.
  - 25 Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, traducido por Richard Nice, Cambridge: Cambridge University Press, 1977.
  - 26 Guy Debord, *The Society of the Spectacle*, traducido por Donald Nicholson-Smith, Nueva York: Zone Books, 1994, p. 39.
  - 27 David Shumway, “The Star System in Literary Studies”, *PMLA*, 112(1), enero, 1997, pp. 85–100.
  - 28 *Ibíd.*, p. 95.
  - 29 Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, traducido por Peter Collier, Nueva York: Cambridge University Press, 1988, p. 94.
  - 30 Frederic Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham: Duke University Press, 1991.
  - 31 Camille E. S. A. Acey, “This is an Illogical Statement: Dangerous Trends in Anti-Prison Activism”, *Social Justice*, 27(3), 2000, p. 209.
  - 32 Janet Afary y Kevin B. Anderson, *Foucault and the Iranian Revolution*, Chicago: University of Chicago Press, 2005, p. 5. Foucault también ex-

- presó simpatía por las formas de justicia extrajudiciales y populares (ejecuciones sumarias o linchamientos populares en contextos revolucionarios). Ver Foucault, "On Popular Justice: A Discussion with Maoists", en *Power/Knowledge*, Nueva York: Pantheon, 1980, pp. 1-36.
- 33 Stendhal, *The Charterhouse of Parma*, traducido por Richard Howard, Nueva York: Modern Library, 1999, p. 152 [versión en español tomada de Marie Henri Beyle "Stendhal", *La Cartuja de Parma*, traducido por J. Farrán y Mayoral, Madrid: Sarpe, 1984, pp.148-149].
- 34 Kirstie McClure, "The Issue of Foundations", en Judith Butler y Joan W. Scott, eds., *Feminists Theorize the Political*, Nueva York: Routledge, 1992, pp. 364-365.
- 35 *Ibíd.* De modo similar, Homi Bhabha elogia a otro crítico poscolonial indio por demandar "una historiografía de lo subalterno que desplace el paradigma de la acción social como ha sido definido primordialmente por la *acción racional*, y que busque [en su lugar] una forma de discurso donde la escritura afectiva desarrolle su propio lenguaje. La historia como un escrito que construye el momento del desafío". Homi K. Bhabha, "Postcolonial Authority and Postmodern Guilt", en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler, eds., *Cultural Studies*, Nueva York: Routledge, 1991, p. 65 (énfasis propio).
- 36 Stephen Muecke, "Dialogue with a Post-Graduate Student Wanting to Study Aboriginal Culture", *Textual Spaces*, North Sydney: New South Wales University Press, Ltd., 1992, p. 204.
- 37 David Lodge, *Nice Work*, Nueva York: Penguin, 1988, p. 314 [versión en español tomada de David Lodge, *¡Buen trabajo!*, traducción de Esteban Rimbau, Barcelona: Anagrama, segunda edición, 2000, p. 306].
- 38 Thomas Frank ha demostrado cómo el surgimiento de una nueva cultura empresaria hizo intersección tanto con el marketing de la cultura "alternativa" para la juventud como con las falsas narrativas populistas dentro de los estudios culturales académicos. Thomas Frank, "Alternative to What?", en Thomas Frank y Matt Weiland, eds., *Commodify Your Dissent: Salvos from The Baffler*, Nueva York: W.W. Norton, 1997, pp. 153-154; ver también Thomas Frank, *One Market Under God*, Nueva York: Anchor, 2001.
- 39 Entrevistada por Tom Dawson, de la BBC, por su rol en *Secretary* (2003), <[www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk)>.
- 40 "Maggie Gyllenhaal's Secretary Challenge", 19 de mayo de 2003, <[www.contactmusic.com](http://www.contactmusic.com)>.
- 41 La diseminación de tales programas es en sí misma un síntoma de la racionalización de la educación superior, el procesamiento en masa de

- estudiantes que pone el acento en proporcionarles habilidades en vez de conocimientos sustantivos.
- 42 Ver, en especial, Arthur Efland, *A History of Art Education: Intellectual and Social Currents in Teaching the Visual Arts*, Nueva York: Teachers College Press, 1990.
- 43 Alice M. Gillam, "Writing Center Ecology: A Bakhtinian Perspective", en Christina Murphy y Joe Law, eds., *Landmark Essays on Writing Centers*, Davis: Hermagoras Press, 1995, p. 128. Para otros textos teóricos sobre retórica y escritura que celebran la fragmentación cognitiva, ver la aplicación que Nancy Welch hace de Julia Kristeva a la pedagogía del tutor de escritura, "From Silence to Noise: The Writing Center as Critical Noise", *The Writing Center Journal*, 14.1, 1993, pp. 32-39. Ver también Nancy Maloney Grimm, *Good Intentions: Writing Center Work for Postmodern Times*, Portsmouth: Boynton/Cook, 1999; Lester Faigley, *Fragments of Rationality: Postmodernity and the Subject of Composition*, Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1992.
- 44 Gillam, "Writing Center Ecology", p. 134.
- 45 Kathleen S. Berry, "Teaching as Postmodern (Con)Text", *Teaching Voices*, University of New Brunswick Bulletin on University Teaching, 37, enero, 2004.
- 46 *Ibíd.*
- 47 Jane Bowers, "Plain Language from a Postmodernist Professor", *Writing on the Edge*, 2(2), 1991, p. 57.
- 48 Ellen E. Berry, "Rhizomes, Newness, and the Condition of Our Postmodernity", *Rhizomes*, 1 (primavera) 2000, <www.rhizomes.net>.
- 49 Paulo Freire, *Education for Critical Consciousness*, Nueva York: Continuum, 1973, p. 18 [versión en español tomada de Paulo Freire, *La educación como práctica de la libertad*, Montevideo: Tierra Nueva, 1969, pp. 54-55].
- 50 Meg Woolbright, "The Politics of Tutoring: Feminism within the Patriarchy", en Murphy y Law, *Landmark Essays*, pp. 237, 238.
- 51 *Ibíd.*, p. 238.
- 52 Por ejemplo, como apunta Kathy Miriam, la teoría de la feminista postestructuralista Judith Butler "oscurece el tema de la práctica feminista, que es la liberación de las mujeres". Kathy Miriam, "Feminist Intellectualism and the 'Pornographic Imagination': Deconstructing Butler", de próxima aparición en *Philosophy and Social Criticism*.
- 53 Irene Reti, *Unleashing Feminism: Critiquing Lesbian Sodomasochism in the Gay Nineties*, Santa Cruz: HerBooks Feminist Press, 1993.
- 54 Monique Panaccio, "Lépine and the Roses: Beyond Eros", en Louise Malette y Marie Chalouh, eds., *The Montreal Massacre*, traducido por Marlene Wildeman, Charlottetown: Gynergy Books, 1991, p. 115.

- 55 *Ibíd.*, p. 111. Pero la autora de otra contribución a esta colección escribió: “No, él no estaba loco. Su objetivo era preciso, directo al corazón del sitio más altamente simbólico, la universidad, y especialmente el Polytechnique, donde día a día las mujeres se abren paso, con calma, a través del peor tipo de prejuicio”. Nathalie Petrowski, “Red Riding Hood”, en Malette y Chalouh, *The Montreal Massacre*, p. 37.
- 56 Panaccio, “Lépine”, p. 111.
- 57 *Loc. cit.*
- 58 *Ibíd.*, p. 115 (énfasis propio).
- 59 Ver, por ejemplo, la revista *on line* “Postmodern Therapies”, la cual promueve el uso de Bajtin, Derrida y Wittgenstein en el trabajo terapéutico clínico, <<http://www.california.com>>.
- 60 Bhabha, “Postcolonial Authority”, p. 65.
- 61 Michael D. Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge: Harvard University Press, 2000 [versión en español tomada de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Buenos Aires: Paidós, 2002, p. 49].
- 62 Acey, p. 208.
- 63 Comunicación personal, Londres, abril de 2005.
- 64 Isaac Balbus, *Mourning and Modernity: Essays in the Psychoanalysis of Contemporary Society*, Nueva York: Other Press, 2005, pp. 80-90.
- 65 Un ejemplo de lo anterior es la teórica política feminista Wendy Brown, quien ha hecho un llamado a favor de que la teoría se deslinde de las preocupaciones sociales y políticas del presente: Wendy Brown, “The Time of the Political”, *Theory and Event*, 1(1), 1997.
- 66 En su sitio de Internet, Clay Richards se describe a sí mismo como un “*blogger* anarquista” que “escribe sobre política, arte, sexualidad y realidades digitales emergentes. Más postestructuralista que posmoderno [...] el Anarquista Posmoderno cree en la anarquía sin anarquistas”, <[www.netweed.com/posmodernanarchist](http://www.netweed.com/posmodernanarchist)>.
- 67 El sitio en Internet de Sells contiene enlaces a otros sitios tales como SusieBright.com, Gurl.com, Technodyke, Women Gamers, GrrlGamer, Scarleteen, Geeks Girl Magazine, Chicklit y Rockrgirl Magazine, <[www.voxygen.net](http://www.voxygen.net)>, 30 de mayo de 2005.
- 68 Tal es el caso de Sue-Ellen Case, quien, en *The Domain-Matrix*, escribe que ella ha desorganizado deliberadamente su texto y le ha agregado varias densas capas de gráficos visuales con el fin de imitar el estilo cognitivo no-lineal y desintegrador de Internet. Sue-Ellen Case, *The Domain-Matrix: Performing Lesbian at the End of the Twentieth Century*, Bloomington: Indiana University Press, 1996, pp. 7-8.
- 69 De ahí la importancia del comentario del crítico posmodernista Rey Chow en cuanto a que, en vez de intentar llenar los agujeros de la his-

- toria —esto es, enriquecer las existentes narrativas eurocéntricas de la historia con narrativas que destaquen las experiencias históricas de las minorías étnicas, las mujeres y los oprimidos—, “necesitamos detallar la historia, en el sentido de cortarla en pedazos”. Rey Chow, “Postmodern Automaton”, en Butler y Scott, *Feminists Theorize*, p. 115.
- 70 Ruth Ray, *The Practice of Theory: Teacher Research in Composition*, Urbana: NCTE, 1993, tal como la parafrasea y cita Kristine Hansen en “Face to Face with Part-Timers: Ethics and the Professionalization of Writing Faculties”, en J. Janagelo y Kristine Hansen, eds., *Resituating Writing: Constructing and Administering Writing Programs*, Portsmouth: Boynton/Cook, 1995, p. 34.
- 71 Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Second Edition, Chicago: University of Chicago Press, 1970, p. 128 [versión en español tomada de Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México/Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996, quinta reimpresión, p. 201].
- 72 Antonio Gramsci, §48, Third Notebook, en Buttigieg, *Prison Notebooks*, p. 52 [versión en español tomada de Antonio Gramsci, “Espontaneidad y dirección consciente”, *Marxists Internet Archive*, 2002, <<http://www.marxists.org/espanol/gramsci/gra1931.htm>>].
- 73 El 1 de noviembre de 2002, en *The Chronicle of Higher Education*, Anouar Majid escribió un artículo titulado “The Failure of Postcolonial Theory After 9/11”, donde agudamente observaba que el emperador poscolonial estaba desnudo. “Cautivados por el triunfante credo de la hibridación —basado en la noción de que los pueblos, al igual que las naciones, están hechos de partes inconmensurables e inestables— muchos teóricos poscoloniales buscaron las señales que confirmaran esta fe, y no las que la complicaban”, escribió Majid. “Que en todas partes la gente tomaba en serio a sus dioses y todavía anhelaba un sentido de pertenencia no les importaba a los académicos, ocupados en mostrar cómo el movimiento de gente a escala mundial, con sus resultantes inestabilidades, estaba desestabilizando las relaciones de poder entre las naciones al minar la reivindicación de la pureza nacional y cultural”.
- 74 Focal Theme 2006/2007, “Historicizing the Global Postmodern”, Society for the Humanities at Cornell University, <[www.arts.cornell.edu](http://www.arts.cornell.edu)>, 1 de junio de 2005.

